

minar á los portugueses, lo que procuró de cierto con los reyes de Cambaya y de Calicut; pero un partido más generoso y á la vez más provechoso para la república, hubiera sido poner el Mediterráneo en comunicacion con el mar Rojo á través del istmo de Suez, como se propuso en aquella época.

La misma envidia los hacia duros con respecto á mercaderes extranjeros, á quienes imponían dobles contribuciones, haciéndoles esperar mucho tiempo justicia, y escluyéndoles de las comanditas. Hasta pretendieron prohibir á los súbditos de la república la facultad de establecer manufacturas de géneros sujetos á la aduana, y hacer uso de las mercancías que no hubieran pasado por Venecia. Conviene, sin embargo, decir que las ventajas fueron tantas, que los extranjeros no se arredraron por tales molestias, pues hallamos en Venecia corporaciones de todos los países; en los Frari tenían un altar los milaneses y otro los florentinos; los luqueses una iglesia cerca de los servitas, y los moros y turcos tenían allí las tiendas que aun conservan su nombre, aconteciendo lo mismo á los armenios y alemanes.

El trabajo en el interior tenía por objeto aumentar el valor de las materias importadas; así era que se fabricaban allí paños, armas, cristales, y principalmente espejos. Se preparaba el cuero y se doraba para las tapicerías; el cáñamo se convertía en cordajes, el hilo en encajes; el borra sacado de Egipto y China no se preparaba bien más que en Venecia, así como varios medicamentos, tomados quizá de los árabes. Había también una fabricación considerable de cera, de azúcar, licores, jabones, hilo de oro; y la invención de la imprenta proporcionó aun ocupación á muchos brazos: millares de mujeres pobres se ocupaban en hacer encajes. Desde 1000 se concentraron las fábricas de vidrio en Murano, y gozaban de tales privilegios, que el matrimonio de un noble con la hija de un vidriero no perjudicaba á su nobleza. Las diferentes artes estaban unidas allí también en cofradías, regularizadas por medio de matrículas escritas, y con magistrados de paz exclusivamente suyos; después estas maestranzas edificaban iglesias y fundaban escuelas que escitan aun la admiración. Se hacían en Perasco cuerdas para los instrumentos de música, paños en el Vicentino, hilo en Saló, armas en Brescia; Bergamo, Basano, Verona proporcionaban seda, los dálmatas soldados, las islas marinos, y el dinero servía para asalar los ejércitos, que tuvieran sujetas las colonias de donde se sacaba dinero.

Las manufacturas de Venecia estaban rodeadas de gran misterio; lo mismo acontecía con sus aceites y sales medicinales; sistema mezquino pero común, que en lugar de buscar su superioridad en el progreso, descansaba en una perezosa confianza, en la prohibición de la competencia.

Había prohibido Clemente V todo comercio con los infieles, bajo pena de una multa que se pagaba

á la cámara apostólica. No hacían caso los venecianos de aquella prohibición, pero muchos de ellos, en su artículo de muerte, no obtenían la absolución sino cancelando aquella deuda, y á veces absorbía toda su fortuna. Sin embargo, el gobierno no permitía salir el dinero, y cuando Juan XXII envió dos nuncios para recoger aquellas póstumas penitencias ó escumular á los que las retenían, la señoría les intimó salir del territorio. Fulminó el papa el entredicho contra los pertinaces, que citó á comparecer en Aviñón; pero sus disputas con Luis de Baviera no le permitieron llevar adelante este negocio, y Benedicto XII concedió dispensas para traficar con los infieles.

Venecia era tan celosa de la igualdad de sus familias patricias, que cuando un Cornaro fué elegido papa bajo el nombre de Gregorio XII, en la época del cisma, creyéndose peligroso que un pontífice tuviera vínculos de parentesco con los senadores, la señoría se negó á reconocerle. De esto tomó el emperador Segismundo un pretexto de ruptura, alegando pretensiones respecto de Zara como rey de Hungría, así como de las antiguas ciudades imperiales: entró en el territorio veneciano, donde sembró la rebelión y el estrago; pero Venecia celebró una liga defensiva con Nicolás de Este, los condes Porcia y Collalto, los Malatesta, los Polenta, los señores de Castelnuovo, Castelbarco, Caldonazzo, Savorgnano y Arco. El descontento escitado por la dominación rigurosa de los vicarios de Segismundo, la inconstancia de los húngaros con que inundaba á Italia, el valor del capitán Felipe de Arcelli, hicieron triunfar á san Marcos en todo el Friul. El patriarca de Aquilea, vecino inquieto, conservó con trabajo los castillos de San Vito y San Daniel, y aceptó el estipendio de cinco mil ducados que le señaló la república, á la cual el conde de Goritz prestó el homenaje á que estaba obligado antes respecto de este prelado.

Después de la muerte de Tomás Mocénigo, que no había cesado de disuadir á los venecianos de la adquisición de posesiones en Grecia, Francisco Foscari, hombre emprendedor é impetuoso, les impulsó á ocupar á Salónica (1429); pero la recuperó Amurates, atacó la Morea, y Venecia perdió en esta empresa setecientos mil ducados. Este mismo Foscari secundaba á los que halagaban la vanidad de Venecia con el pensamiento de que podría adquirir en Italia tanto poderío como había ostentado en otro tiempo Roma, y colocarse al frente de una liga capaz de contrabalancear la influencia de los Visconti. De aquí procedieron las guerras con Felipe María; guerras que si aumentaron su crédito en la península, la apartaban del comercio y la entregaban á merced de capitanes aventureros. Así empleando alternativamente el rigor y las caricias, unas veces confería la nobleza á Gattamesala, á Miguel Atténdolo: otras enviaba al suplicio á Carmañola. Mejor inspirada estuvo la república, si hubiera dirigido su atención á las cosas ultramarinas, haciendo prosperar sus colonias de Levante, y

admitiéndolas al goce del derecho de ciudadanía; pero mientras ponía en campaña diez y ocho mil caballos y otros tantos infantes contra el duque de Milan, jamás mantuvo en Morea arriba de dos mil hombres de tropas regulares. Sin embargo, á fin de prolongar su grandeza amenazada por las conquistas otomanas y por la nueva dirección dada al comercio, hubiera debido hacerse potencia iliriana, ó á lo menos transferir á alguna isla de la Dalmacia su puerto, harto mal situado en la ciudad, á la cual hubiera servido igualmente de puerto avanzado; y reuniendo allí á los fugitivos de la Grecia y á los albaneses tenaces en la resistencia, hubieran estado en disposición de levantar un poder que sirviera de contrapeso al de los turcos (23). Pero estaban adheridos á la ciudad los nobles como asiento de su predominio, y el pueblo consagraba su patriotismo á encerrar toda su existencia dentro de las islas de la laguna: los mercaderes querían tener países á quienes sacar dinero, y entre tanto los enemigos se aprovechaban de tales inclinaciones.

Aun cuando las guerras emprendidas á instigación de Francisco Foscari fueron contrarias á los intereses de Venecia, cubriéronla de gloria y la preservaron de los turcos durante treinta y cuatro años; pero la paz de Fray Simonetto y un tratado particular con Mahomét II restableció en lo exterior el sosiego, y entonces la facción de Loredano, perpétuo enemigo del dux, volvió á levantar en lo interior la cabeza. A fin de herirle por el lado más sensible, había hecho condenar á destierro á Jacobo, su único hijo, acusándole de inteligencia con el duque de Milan, crimen que confesó en las angustias del tormento. Otra vez fué acusado y atormentado á su vuelta. A este tiempo uno de sus jueces es muerto, y acusado Jacobo de este delito, es condenado á destierro; y aunque uno en su lecho de muerte se acusa del asesinato, no se le permite tornar á sus hogares. En alas del deseo de volver á ver el techo paterno, se dirige al duque de Milan á fin de que le alcance licencia para llevar á su patria sus quebrantados huesos. Es interceptada la carta y declara haberla escrito con objeto de trasladarse á sus queridas lagunas, aunque fuera á costa de un proceso. Un nuevo juicio le destierra á Candia. «El dux era de edad muy avanzada, y andaba apoyándose en un bastón. Cuando

fué á ver á Jacobo le habló con mucha firmeza como para hacer creer que no era su hijo, aunque no tenía otro. Jacobo le dijo: *Señor padre, os ruego que os empleéis en hacerme volver á casa.* A lo que le respondió el dux: *Anda, Jacobo, y obedece la voluntad de la ciudad sin meterte en otra cosa.* Pero se dice que á su vuelta á palacio cayó el dux sin sentido (SAN UTO). Murió de pesadumbre el hijo: el padre que había propuesto abdicar por dos veces, lo cual no se le admitió mientras le hizo necesario la guerra, fué entonces destituido por los Diez. De consiguiente, abandonó el palacio sin hijos, sin amigos, sin fuerzas, en medio de un pueblo, de quien era amado sin duda, pero que temía más á la inquisición todavía. Cuando la campana de San Marcos anunció la elección del sucesor, Foscari exhaló el último suspiro (24).

Por esta época se decidió que el dux no podría leer las cartas de los embajadores de la república ni de los príncipes extranjeros, sino en presencia de sus consejeros. También se le quitó la policía y la justicia represiva, de que fueron encargados tres miembros elegidos por el consejo de los Diez. Uno de ellos podía ser tomado entre los consejeros del dux. Bajo el nombre de *inquisidores de Estado*, debían estender su vigilancia á todos, sin exceptuar á los Diez: podían castigar con la muerte en público y en secreto, y disponer de la caja de los Diez sin dar cuentas á nadie. El dux y el gondolero temían igualmente los misteriosos golpes de aquella autoridad. La ambición no se atrevía á turbar la república, y por otro lado se lisonjeaba de llegar algún día á aquel puesto. No eran lícitas las venganzas declaradas ni las vías de hecho; se aguardaba la ocasión de figurar como inquisidor de Estado, con la esperanza de espantar un día á los demás, lo cual inspiraba la resignación para temblar hasta que llegase este caso. Se decretó después al tiempo de la elección de Nicolás Marcelo (1473), que en vida del dux, sus hijos y sobrinos no podrían aceptar ningún empleo, beneficio ó dignidad, ora vitalicio, ora temporal, ni tomar asiento en ningún consejo, excepto en el grande y el de los *pregati* (*rogados*), sin tener, no obstante, voto: un hermano del dux podía entrar únicamente en los Diez.

Jacobo de Lusignan, hijo natural de Juan III, rey de Chipre, pretendía heredar con perjuicio de su hermana, casada con Luis de Saboya, aquella isla que había sido asignada á su familia para indemnizarla de la pérdida de Jerusalén. Consiguió ocuparla, y obtuvo la investidura del soldan de Egipto de quien era vasalla. Como le faltaba dinero para sostenerse allí, Marcos Cornaro, mercader veneciano, le ofreció 100,000 zéquíes como dote de su sobrina Catalina, que con objeto de darle derechos

(23) Pablo Santini, que redactó á mediados del siglo xv un tratado sobre las cosas militares, nunca impreso, y que parece estuvo al servicio de los venecianos, se explica de este modo:

*Qui in Italiam vincere desiderat, ista instruet:  
Primo, cum summo pontifice semper sit;  
Secundo, dominetur Mediolanum;  
Tertio, quod habeat astronomos bonos;  
Quarto, habeat ingegneri qui scire plurima;  
Quinto, quod tot navigia conducantur plena lapidibus in canalibus... impleantur canalibus multitudinem navium, navigiorum barcarumque suffondatarum, etc.*

(24) Se inscribió este dístico en su sepulcro:  
*Post mare perdomitum, post urbes Martis subactas,  
Florentem patriam longævus pace reliquit.*

á aquel ilustre matrimonio, fué adoptada por la república de San Marcos. Esta vana ceremonia, puramente honorífica, fué después invocada como título de más importante adquisición; porque después de la muerte de Jacobo (1475), la república se declaró heredera de Catalina, con los mismos derechos que la madre de su hija; y bajo pretexto de que estaba amenazada por los turcos, le persuadió ó precisó á renunciar á Chipre, cambiándole por el castillo de Asolo, en la marca de Treviso, donde los placeres y las letras le impidieron echar de menos el reino que había perdido.

Esta anticipada herencia proporcionó en abundancia á Venecia vinos, trigo, aceites y cobre. El que se hubiera permitido hablar mal de aquella adquisición debía ser ahogado.

Ya hemos visto á cuantas guerras se vió arrastrada Venecia, por haber querido mezclarse en los negocios de Italia. Pero el consejo de los Diez, contando sobre las conquistas de tierra para procurar á la república tanta grandeza como le producian riqueza los bancos de Levante, despertó la envidia de los demás Estados, que se reunieron para romper su cetro.

## CAPÍTULO XXIV

### CIUDADES ANSEÁTICAS.

Lo que las ciudades italianas hacian en los mares meridionales, las ciudades anseáticas lo verificaban en el Norte. Las alemanas, en el Mediodía y en el Rhin, habían formado varias ligas para defenderse contra los tiranos. Pero nada semejante aparece en la Baja Germania, hasta el momento en que, á principios del siglo XIII, se encuentran algunas reunidas en confederación, no se sabe cómo, ni en qué época (1). Situadas en la

costa del mar ó en las cercanías de los grandes rios, estas ciudades estaban más en disposición de enriquecerse que las del Mediodía; así es que se engrandecieron rápidamente, sobre todo cuando las cruzadas produjeron en Prusia y en Livonia, la fundación de las ciudades que gozaban numerosos privilegios municipales. Entonces las ciudades anseáticas se dieron una organización regular, y en 1361 las deliberaciones de las dietas de sus diputados comenzaron á ser registradas; después cuando se reunieron á Colonia con motivo de la guerra contra Waldemaro III (1364), redactaron por escrito las cláusulas de la confederación, que habían sido verbales hasta entonces.

(1) Se equivocan los que derivan aquella confederación de la alianza de Hamburgo con Lubeck, en 1241. El nombre de *hansa teutónica* aparece por la primera vez en 1315. *Hans* significa sociedad de comercio ó peaje de una mercancía. Las ciudades que formaban parte en 1360, son: Lubeck, Hamburgo, Stade, Brema, Wismar, Rostock, Estralsund, Greiffswald, Anklam, Demmin, Estetin, Colberg, Kiel, Neustargard, Culm, Torn, Elbing, Dantzick, Königsberg, Braunsberg, Landsberg, Riga, Dorpat, Reval, Pernau, Colonia, Dortmund, Söst, Munster, Cosfeld, Osnabruck, Brunswick, Magdenburgo, Hidesheim, Hannover, Lunenburg, Utrecht, Zwill, Hasselt, Deventer, Zutphen, Ziriksee, Brille, Midelburgo, Dordrecht, Amsterdam, Campen, Gröningen, Arnemuydem, Hardewick, Estavern, Wisby en la isla de Gothland. Las ciudades de Estolpe, Halle, Paderborn, Lemgo, Hóxter, Hameln, eran aliadas de la Hansa. En su más brillante época contaba de setenta y dos á ochenta diputados con voto, añadiendo los de Arnheim, Ascherisleben, Berlin, Bolswar, Breslau, Cracovia, Duisburgo, Eimbek, Emden, Emmerich, Francfort de Oder, Gottinga, Goslar, Halberstadt, Helmstad, Hervorden, Minden, Nimega, Nordheim, Quedlimburgo, Rugenwald, Roremund, Satzwedel, Estendal, Uelzen y Wesel.

Véase VERDENHAGEN, *De rebus publicis anseaticis*.

G. SARTORIUS.—*Gesch. des Hanseat. Bundes und Handels*. Gottinga, 1802-8, t. VIII.

HAGEMEYER, *De fadere hanseatico*.

G. G. MALLETT.—*Historia de la liga anseática*. Ginebra, 1805, 2 tomos.

J. M. LAPPENBERG.—*Urkundliche der deutschen Hans*. Hamburgo, 1830, 2 tomos.

THUMMAN, *Untersuchungen über die Gesch. des ostbischen europäischen Volker*.